

678608

Apogeo y Ocaso de Barros Arana

Por ENRIQUE BUNSTER

Una de las cosas que causan admiración en la vida de nuestro historiador es su residencia íntima. El hombre que podía equipararse con el por su laboriosidad, el barón de Thiers, Maquiavelo, sumado a los cincuenta y cinco años todo el peso de su actividad intelectual. Pues bien, don Diego Barros vivió veintidós años más, y lo prodigioso es que era de constitución enfermiza, a tal punto que no pudo completar sus estudios de leyes. Sólo él habría podido explicar de donde vino la fuerza para investigar y escribir miles y miles de páginas, para colaborar en la prensa diaria, fundar siete revistas, servir los cargos de Rector y profesor de cuatro universidades en el Instituto Nacional y de secretario general, decano de Filosofía y Humanidades y Rector de la Universidad de Chile, diputado en varios períodos, Ministro en Río y Buenos Aires y por fin en la cuestión de límites de la Patagonia. La que él resuelve en orden y diez años —o más, hasta el último día—, sólo hubiera podido cumplirlo como a otros individuos dotados de salud normal e inteligencia normal.

En primer plano en las letras, el estudio biográfico sobre Vicente Donoso, fue tallado en el prólogo por Carlos Reyes, nada menos; y comentado este libro en la Academia de Valparaíso, el periodista biógrafo Juan Carlos Gómez escribió que ama "el historiador de Chile". Poco falta en esto de profecía, o mejor, nada más que sentido común, porque el autor era entonces menor de edad, era casi un niño, y no es difícil predecir además llegada en la madurez que el adolescente se ocupó con tal suma de talento.

Como historiador, no basta que escriba educado y estudioso. Barros Arana pertenece a la fila de esos dos o tres generaciones que hicieron de esta obscura colonia la primera nación organizada de América española, tejieron modelo de sus vecinos. No se debe menos afirmar que tuvieron sobrada idea de historia americana. Un general de voluntarios, José Miguel Carrera, crea la primera ley americana de abolición de la esclavitud, diecisiete y cuatro años antes que los Estados Unidos y veinte y siete años que el Brasil. En plena guerra por la libertad, cuando el mar aun domina el espacio, Agustín de Eyzaguirre después para la India, en barco de bandera nacional, el primer carpintero de color nativo, haciendo desde nada, sin dinero, tripulación ni bates. O'Higgins crea en dos años la estructura de guerra por tierra hasta entonces en las Américas, levanta el primer vapor de guerra que flota en el mundo, es el hijo de entonces el más famoso ingeniero latinoamericano y le crea la categoría de vejar que Vladimir el Ejército Libertador del Perú. Un comerciante Claudio Diego Prádan, que odia la política, no promueve discursos ni crea sus estudios de Maistre, hace la moneda sin recurrir a la dictadura, se apodera de media moneda por sueldos sin gastar un grano de pólvora, para volver al país de la libertad, y luego declara la guerra preventiva y la gana después de muerte. Los tres victorias aparentemente imposibles de esa campaña elevan al general Bulnes a la Presidencia, y este militar de corte legendario ingresa como estudioso fundando la Universidad con Pedro a la cabeza, abre el primer libro/revista para introducir las primeras vapores, trenes, telégrafos y luz de gas del continente, y ocupa el Territorio de Magallanes adelantándose en veintidós horas al correo que venía a atenderlo para Francia. Antes de dejar el Poder, Bulnes hace a sus colaboradores el último servicio impidiendo como sucesor al incomparable don Manuel Montt. Bajo su gobierno, Chile se coloca a la vanguardia en el ámbito hispanoamericano, expande su comercio a través del Océano, y la confianza y el orden interno allanan el camino para plebiscito de hombres de empresa. Manuel Ossa explora el norte de Luca penetrando por debajo del hielo del mar; en el Maipo, Pando y Esmeraldas instala el molino de mayor capacidad en el mundo, desde Valparaíso. Agustín Edwards Ossa crea la escuela de estudios del poder dejando su gracia en la Bolsa de Londres. Tomás de Urmeneta persigue durante dieciocho años un derrotero: empresa hasta descubrir el mineral de Tamaya, que le produciría veinte millones de dólares. Aliviado por capital no alemán de parte de Alemania, José Huneeus llega a la Arica en la peor de la guerra con los indios para construir su imperio económico en cuatro provincias, donde será dueño de diecisiete predios agrícolas, de una red de ferrocarriles, cuatro grandes molinos, un banco, un equipo ferroviario y la primera locomotora eléctrica que corrió en el país. De este tipo industrial y mercantil levanta Jorge Valparaíso con descuentos navios al ancla en su rada. El peso fuerte de plata crece en Oquendo elevado a la par con el dólar. Cuando muestra marca morante Jara viene a los conquistados en la carrera de la hacha a California y Australia, la guerra de España con el Perú le antecede a la victoria más de Chile. Valparaíso es batido, la flota de comercio queda paralizada y se pierden los mercados de ultramar. Al borde de la ruina, el débil país con arcadas inspiradas vuelve sus espaldas y se hunde laboral en las manos bolivianas y en las salmueras peruanas y entra a competir el cultivo de Antofagasta, descubriendo por José Jassas que el industrializado por franceses de la ca. mina de Quichu. En la década de 1870 más de la mitad del capital salinero en Bolivia y Perú se diluye y el

alto costo para explotar la pampa mientras el desastre inglés Thomas North se apodera de las calcheros para convertirse en el hombre más rico del norte.

Esa historia de maris singular, pesada y oscura, que culmina en la estancia a Lima para luego empezar a declinar, revela a un narrador digno de sus hechos, y con esta mente vive al mundo don Diego Barros Arana. Tardó medio siglo en escribirlo recorriendo los cincuenta volúmenes de la Historia General de Chile, que se retoma a la gesta española del Descubrimiento y Conquista, y la relación de biografías y monografías episódicas que prolongaron obra hasta la época del conflicto de la Patagonia, en que el mismo interviene en calidad de Thucydides y por fin.

En el prólogo de su prodigiosa capital define lo que el volumen por Historia "... el ensayadísimo libro de los hechos, en máxima natural explicada por medio de las relaciones de causas y efectos, el estudio, no sólo de los sucesos militares y brillantes, sino de todos los accidentes civiles y sociales que pueden darnos a conocer la vida de otros tiempos."

Cuando prueba del valor que sus contemporáneos concedieron a la Historia General está el hecho de que el gobierno de Balmaceda otorgó al autor en premio de veinte mil pesos cantidad inmensamente superior a la del moderno Premio Nacional de Literatura cuando recién iban publicadas las primeras tomos. Esta alta distinción se explica que el independiente escritor se presentara contra el Presidente en 1891, renunciando a las cátedras universitarias que sólo recobraba después de concluido la Revolución.

A la conmemoración nacional atribuyéndose los honores que han debido atribuirse más que el chaparrón de dicción: no elevan nada muestra correspondiente del Instituto Histórico del Brasil y de la Real Academia Española.

Recordando a todos ahora, "el hombre austero, debilitado y solitario. En claridad a hacer sus cosas", cuenta don Gonzalo Bulnes. Entre ellas eran las de Literatura, Historia Literaria, Geografía, Historia de América, que el maestro creó con los textos de estudio que el mismo había compuesto. De paso para el Instituto dirige un curso a la historia de los Americanos, quitándose el sombrero, "para enseñar a la juventud a honrar la memoria de los grandes hombres".

En las horas que el post mortem de la obra libre ocupara las primeras partes de la Historia General, cuyo último tomo vivió la luz en 1891. "Historia escrita en una pluma", refiere Bulnes, "introduciendo el papel sobre las rotulas, los libros de consulta acostumbrados en el mundo, al alance de la mano, y la caligrafía cubierta con un grupo de tablas negras". Añade que llevaba una paño y que seguía escribiendo de noche, en casa, aprovechando el momento, bajo el resplandor de su lámpara de gas.

Como no había cosa que no le interesara —y era la vejez aumentada su curiosidad— se puso a estudiar la historia de la guerra sagrada. «En cuanto al caso de los incas, y así intercalados, que frecuentan los templos con profetas diversos, como el examen de sus obras de arte a las bibliotecas de las congregaciones. Interesado en recordar a un famoso predicador sacramental que hablaba sobre "la Religión y la Ciencia", conservó una vez a la parroquia de San Bernardo. Perseguía entre los vestales, estaba pronto para permanecer en la iglesia con el grupo puesto. Una vez que lo ve a la salida, dio un grito creyendo que se había producido el milagro de su conversión a la fe.

Pero más de un amigo de vejez. A uno que le hablaba con frecuencia de la guerra divina, le contestó:

—No tiene en justicia nada que ver, ya está en su lado en el otro mundo, porque ha cumplido como hombre de bien todos sus deberes en este.

Se tiene que, en los días de su vejez, fue la prohibición de leer impuesto por el médico de cabecera. Bulnes prefirió que le quitaran la comida.

Fue hasta el último un guía y maestro de los jóvenes. Al mayor de sus nietos le dijo estas palabras como despedida:

—Se han pasado gran tiempo, tiempo escrito. Todo me es lección. Lo pienso que si me lo he leído por fuerza en la vejez, y me ha costado mucho. Cualquiera puede hacer otro libro. Trabaja tú con un propósito serio y profundo, y dices la misma de ti.

Todo el mundo iba a visitarlo. El almirante Howard, jefe de una misión naval argentina, contó que había ido a presentarle sus respetos. "Se me importó lo que digan en Buenos Aires, se refirió homenaje al hombre más grande de Chile".

Le último que escribió, con su mano ya temblorosa, fue la dedicatoria A Adolphe Margale Dumas, otorgada en la portada de la Historia General, diez años de su muerte.

En su testamento dispuso una sucesión modesta, sin sospechar que su voluntad iba a ser desobedecida al pie de la letra. Fue velado en su propia capilla ardiente en el Salón de Honor de la Universidad, luego trasladado a La Merced, donde lo vieron luego los señores Diez, y después por último hasta el Conservatorio General por un cortejo de un kilómetro de largo que encabezaban tropas de la guarnición de Santiago, el Caballero del

Apogeo y ocaso de Barros Arana [artículo] Enrique Bunster.

Libros y documentos

AUTORÍA

Bunster, Enrique, 1912-1976

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Apogeo y ocaso de Barros Arana [artículo] Enrique Bunster.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile